

Álvaro Bermejo

Eternamente tuya

algaida



Primera edición: 2013

© Álvaro Bermejo, 2013
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-960-8
Depósito legal: SE-1777-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL LOCH MORAR, EN LAS TIERRAS ALTAS DE ESCOCIA, TIENE una reputación bastante tenebrosa. Se trata de un paraje de una belleza triste, casi fantasmagórica, al que se accede atravesando páramos de nombres tan elocuentes como Witches Pol —la Charca de las Brujas—, o Dark Mile —la Milla Oscura—. Crónicas que se pierden en la noche de los tiempos asocian esta geografía con la raza maldita de los Tuatha Dannan, de quienes descienden todos los personajes del folclore mágico escocés. Para los amantes del escalofrío, subir desde Edimburgo a las Highlands implica un itinerario espectral salpicado de seres inquietantes. *Banshees, samhains, kelpies, clooties...* A cada legua de camino, te asalta un castillo habitado por duendes y fantasmas más o menos caprichosos, damas de todos los lagos y de todos los colores, y criaturas extrañas que rasgan sus arpas de hierba al anochecer.

Yo, desde luego, no subía allá con la intención de doctormarme en espantos. Venía desde el otro extremo del mundo, desde las mismas antípodas, en fin, sí, desde Melbourne, Australia, y mi cometido os parecerá bastante más prosaico. Mi empresa es una filial del primer grupo hidroeléctrico de Gran

Bretaña, yo sumaba cinco años trabajando en el Silicon Glen de Glasgow, y mi viaje a las Highlands obedecía a una razón estrictamente profesional: alzar una presa a medio camino entre el Loch Morar y el An Eilean. Dos milenios atrás, el emperador Adriano había levantado una muralla de piedra de más de cien kilómetros de longitud, desde el golfo de Solway al estuario del Tyne, para separar la civilización del sur de la barbarie del norte. El muro frontal de mi embalse no llegaría a tanto, pero albergaría diez enormes turbinas capaces de generar hasta catorce mil megavatios. Una forma como cualquier otra de proyectar la vieja Escocia al vértigo de los tiempos modernos. Al fin y al cabo, con la venia de todos sus elfos, mi visión del país del *whisky* tenía bastante más relación con los personajes límite de *Trainspotting* que con la literatura de Walter Scott. Y mi horizonte onírico, entonces, se circunscribía a una playa de nombre impronunciable, Cambusdarach, cerca del Morar, donde se rodó la película *Local Hero*.

Fue allá donde vino a buscarme el primer mensajero de esta historia. Un mensajero bien lúgubre que, sin embargo, se me apareció bajo las formas de una gaviota.

Antes de llegar al condado de Gairloch, donde sentaría mi base de operaciones, me concedí un desvío. Me apetecía una cerveza a pie de playa, la última cerveza del verano. Un homenaje a aquel día tan sencillamente espléndido que invitaba a conducir siguiendo el curso del sol sobre los acantilados. Los pesqueros habían doblado la punta del faro, el pueblo respiraba la misma calma que bañaba su malecón y la cerveza me supo a gloria. El paseo por la playa me llevó hasta el barco varado donde vivía el loco de la película. Apenas una suave brisa mecía su esqueleto cuando apareció esa gaviota. Se trataba de un ejemplar de gran alzada, tan blanco como una página en

blanco. Primero se posó en una de las amuras del bergantín desportillado, luego comenzó a caminar hacia mí. Ofrecía una estampa singular sobre la osamenta del buque, con ese mar verde turquesa al fondo y el cielo de un azul radiante sobre nosotros. Saqué el móvil, ese príncipe de los vientos merecía una fotografía. Solo reparé en su pico cuando se detuvo: lo traía manchado de sangre fresca. Una sangre de un rojo muy vivo, mezclada con hebras de carne, que, de pronto, trastornó por completo mi visión de la gaviota.

No quise pensar que aquella sangre perteneciera a nada diferente a un arenque, pero la imagen me revolvió el estómago. No podía dejar de ver aquella sangre del mismo color que su ojo, que ahora se me aparecía como el de un pájaro siniestro, como la curvatura ganchuda de su pico, como la fiereza de su mirada. La fotografía ya estaba hecha. Todavía la conservo, pero no la necesito para recordarlo. Me retiré de la playa sin volver la vista atrás y, tan pronto como alcancé mi coche, cogí la ruta de Gairloch. La gaviota del pico ensangrentado me siguió un buen rato tierra adentro, su sombra proyectándose como una cruz negra sobre la carrocería, casi hasta que la carretera se sumergió en el bosque de Kinlochewe. Tal vez fueron sus célebres tumbas vikingas las que acabaron de espantarla. Pero yo seguía sintiéndome mal mientras me adentraba en ese bosque profundo, donde no ha resonado jamás el ruido de un hacha.

Un mes después de mi llegada a Gairloch, conseguí integrarme como uno más entre la gente de este pintoresco pueblo y el augurio de la gaviota se quedó en una anécdota. Ayudó mucho la disponibilidad de *sir* Geoffrey Burns, el *laird* de Montrose. Por su planta, recordaba uno de aquellos señores feudales que compatibilizaban la espada y el arado. Unos ojos despiertos, a

los que parecía no escapar nada, desmentían, sin embargo, cualquier impresión de tosquedad. Al contrario, sabía equilibrar el peso de la púrpura con un excelente y autoirónico sentido del humor, y una generosidad sin tasa. No solo me brindó toda suerte de facilidades —además de ejercer como alcalde de Gairloch, presidía el Consejo de la Región—; en nuestro segundo encuentro me sorprendió ofreciéndome una casona de su propiedad, cerca del río, donde podría instalarme hasta que concluyeran las obras de la presa. La casa no era especialmente confortable, ni siquiera acogedora, pero sus vigas al aire sostenían unos cuantos siglos de historia, y desde el piso alto se ofrecía una panorámica espectacular de las montañas cubiertas de brezo que descienden hasta el Loch Morar.

El primer fin de semana me traje a mi hijo Ewan para jugar a los robinsones y recoger manzanas. Hicimos una buena cosecha. Al caer la tarde las bañamos en ron y las asamos en la chimenea. Toda la casa se llenó con ese aroma dulce y añejo. El ritual operó una especie de encantamiento. Solo entonces comenzó a tentarme la idea de echar raíces en ese lugar.

Dos días después, cuando Ewan partió de regreso a Londres, el *laird* de Montrose me invitó a almorzar en su residencia familiar, el castillo de Armandale. Fue así como penetré en ese mundo misterioso, poseído por ángeles y demonios en carne viva, donde acabé sucumbiendo a todas las tentaciones —y sobremanera a la peor de todas, la felicidad absoluta—, antes de verme precipitado a un abismo de horror y sufrimiento.